

El lenguaje de las campanas

LLORENÇ
Barber*

AUNQUE cada vez menos, todos llevamos en nuestro bagaje estético y emocional el sonido de algún campanario. Y es ese caudal el que algunos nos empeñamos en alimentar y hasta donde sea posible fertilizar.

En un mundo cada vez más ruidoso y veloz. Y por ende olvidadizo, parvo es el margen de que se dispone: habrá pues que incidir, con respeto, tesón y audacia.

Dejando de lado la utilización estrictamente religiosa, envarada y simple por previsible y redundante, dos son las actitudes y aproximaciones reales con las que nos tropezamos al enfrentarnos a las campanas, a saber, las de esos valientes grupos, o *gremis*, que valientemente re-

aprenden a sonar y relacionarse con las campanas según las antiguas maneras de los desaparecidos campaneros, y la sonicomusical (más o menos experimental) que yo y los míos propugnamos y practicamos.

Tanto la una como la otra son válidas y deseablemente complementarias, pues ambas propugnan un acercamiento y trato comunal y cooperativo, esto es inteligente y sensible.

El problema —si lo hay— viene del encastillamiento de quienes en sus arqueológicos esfuerzos restaurativos menosprecian y hasta desprecian —no en vano viven en antropológica pureza— toda novedad, o todo el frágil sabor contextual y plurifocal que eventos como los que yo procuro propugnan, y en los que la ciudad entera —o su cogollo histórico— es concebida como extendida macroorquesta capaz de regar las calles de brisas y hasta ráfagas de armónicos o de convertir las plazas en resonantes tambores.

Una ciudad toda ella auditorio de so-



JUAN MARTÍN

Llorenç Barber, durante un concierto.

nadas turbulencias, reverberaciones y ecos dispuestos ahí para celebrar melancólica y festivamente cuanto deseo comunitario sea civilmente puesto en candelerio sin reparar en que incluso el dondoneo de los bronce puede entrar en raras y hermosas amalgamas con otras fuentes sónicas como los estampidos de una batería de cañones, o el ulular de una gavilla de silbantes cohetes, o los pedales de cobre de un quinteto de metal, o los tenues cantos de un coro de aficionados apostado en una terraza contigua, por no citar ese compadreo —tantas veces postulado en mis partituras— de los bronce con las sirenas de los más extraños navíos como gusto de enredarlos en mis más que sonadas Naumáquias....

Atención, pues en el reducido mundo de las campanas pueden darse actitudes fundamentalistas y excluyentes que poco o nada bueno presagian. ¿Habrá que entonar de nuevo el *occasio calvata*?

* Músico.